

Estuarios

Correspondencia de ausentes



Manuel Antonio Benítez Reyes

CLAUDIO RODRÍGUEZ
RAFAEL ALBERTI
FERNANDO QUIÑONES
JAIME GIL DE BIEDMA

CLAUDIO RODRÍGUEZ

Madrid, 22 de mayo - 1993

Querido Felipe:

Vuelvo a leer
«Sombras particulares» (lo había
leído y votado para el Premio Nacional
de poesía de este año), como
los otros tuyos, me emociona y,
sobre todo me conforta y me
conforma con la verdadera
poesía. Poemas como
«Persistencia del olvido», «El
viaje», tantos otros — «La visita» —
son, te repito, tan entrañables
como personales.

Por lo te agradezco su lectura
y te envío mi abrazo y mi
amistad de siempre a lo largo — ¡ay!
del paso de los años.

Claudio Rodríguez

Madrid, 22 de mayo, 1993

Querido Felipe:

Vuelvo a leer «Sombras particulares» (lo había leído y votado para el Premio Nacional de poesía de este año) y, como los otros tuyos, me emociona y sobre todo me conforta y me conforma con la verdadera poesía. Poemas como «Persistencia del olvido», «El viaje», tantos otros — «La visita» —, son, te repito, tan entrañables como personales.

Por eso te agradezco su lectura y te envío mi abrazo y mi amistad de siempre a lo largo — ¡ay! — del paso de los años.

Claudio Rodríguez

PALABRAS ADENTRO

Murió Claudio Rodríguez. Parece que se ha muerto un niño grande. «Claudio se está muriendo», y te sentías al oírlo como si acabaran de echarte por encima un abrigo mojado, pero en el fondo pensabas (un pensamiento en forma de pincelada impresionista) que aquello no podía ser verdad del todo: a su peculiar manera, Claudio Rodríguez parecía inmortal, porque conservaba ese brillo de felicidad y culpabilidad secretas que se les pone a los niños en los ojos cuando infringen una norma escolar o cuando le pisan el rabo a un gato.

No acierta uno a saber con exactitud en qué mundo vivía este nieto zamorano y bueno de Rimbaud, pero daba la impresión de ser el suyo un mundo encantado y terrible: la mágica y luminosa pesadilla de Peter Pan, con su cuerpo crecido, el terror ya en los huesos, aunque con la sonrisa siempre verdadera.

Llegaba él, sonriente y oscilante, dichoso y fraternal, hablando como a golpes de metrónomo, con su mirada pura y regocijada, y te preguntaba de repente: «¿Sabes qué estoy leyendo ahora?», y tú le decías, como es lógico, que no, y se sacaba entonces del bolsillo un tratado de alquimia, por ejemplo. «La-al-qui-mia», y las palabras parecían caerle dentro de la boca, bajar hasta el alma misma y quedársele allí reverberantes, sometidas a un proceso alquímico de radiante lirismo: «Si tú la luz te la has lle-

vado toda, / ¿cómo voy a esperar nada del alba?»

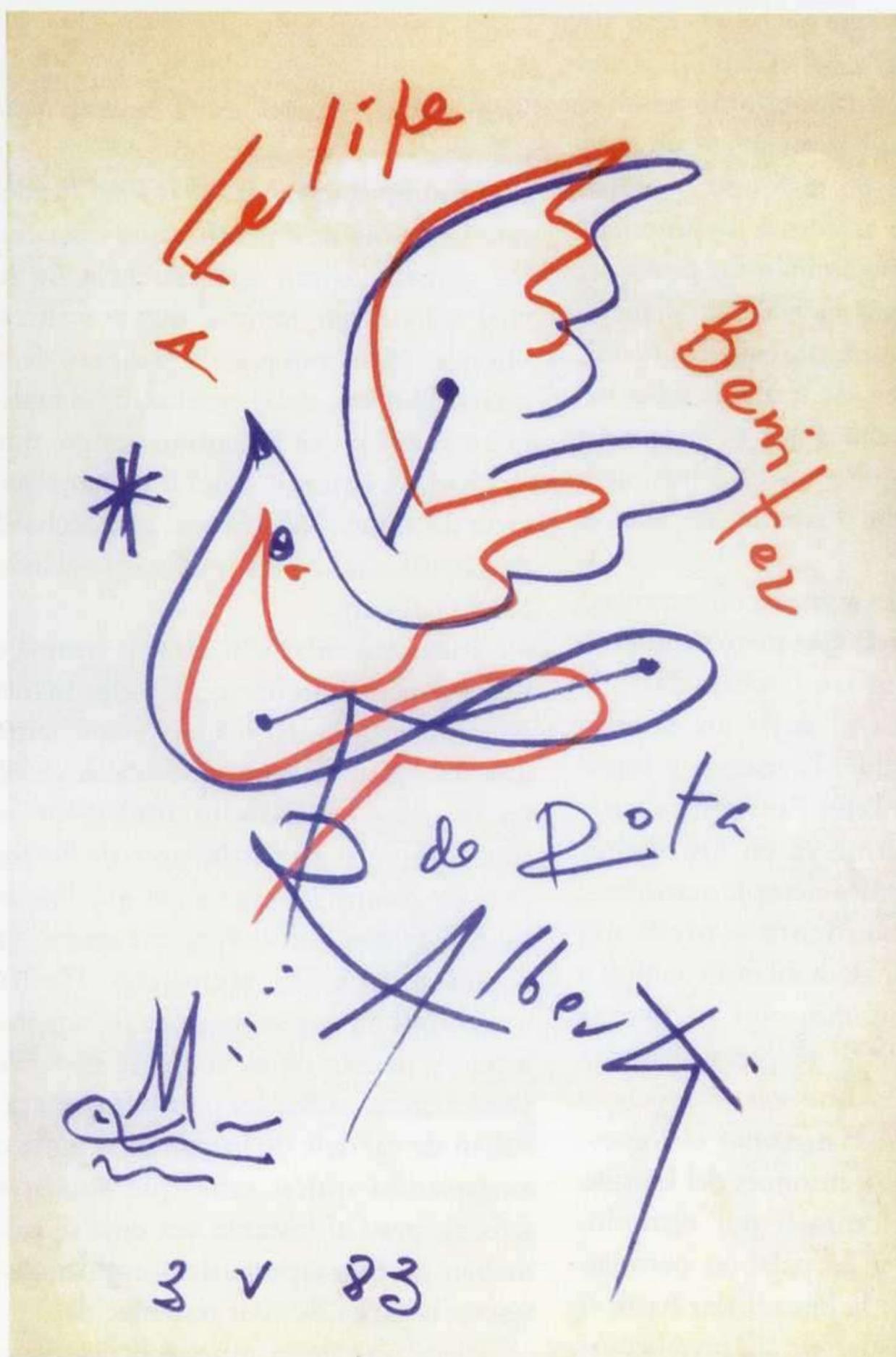
Claudio Rodríguez, de la Real Academia Española, se entendía muy bien con los taxistas, como consecuencia de lo cual solía llegar tarde a muchos sitios. «Es que nos hemos jugado el dinero de la carrera al mus», decía, y señalaba al taxista en cuestión, su repentino amigo, que por nada del mundo parecía querer separarse de aquel niño enorme que acababa de ganarle a las cartas la cifra que marcaba el taxímetro.

Todas las vidas son raras y tristes, o todas al menos lo parecen. Todas tienen el mismo argumento que puede tener una nube cambiante y pasajera. A veces, en los ojos de Claudio Rodríguez se transparentaba un sentimiento de horror ante ese asunto inconcreto al que llamamos, para abreviar, la vida: un grumo de conciencia y de memoria. Había momentos en que se quedaba de repente mudo y dentro de sí, como si estuviese poniendo en orden las palabras que acababan de caerle de los labios al alma o amansando quién sabe qué sombras feroces, pero al instante sus ojos se colmaban de una especie de asombro abstracto: la dicha de vivir restablecida.

La certeza de la muerte es un diagnóstico de Perogrullo, pues sólo somos tiempo: la encarnación fugaz de un espejismo. Pero se trata de una certeza que renueva, cada vez más intensamente, el estupor y el desconsuelo entre los que nos vamos quedando por aquí, más solos cada vez y más heridos. Adiós, Claudio.

Felipe Benítez Reyes (1999)

RAFAEL ALBERTI



EL MANTEL DEL POETA

En su libro *Retornos de lo vivo lejano*, Rafael Alberti escribió que «en casa del buen poeta siempre hay un mantel y un plato junto a un vaso de agua». Leí y subrayé esos versos cuando era yo un universitario que se malentendía con la lengua de Virgilio, con la lengua de Mahoma y con la gramática histórica de Menéndez Pidal. Veía reflejado en ellos, me imagino, ese modo de vida, humilde y generoso,

ascético y hospitalario, que se les supone a los artistas que no se encuentran demasiado cómodos en las torres ebúrneas y que prefieren vivir en una casa abierta a la amistad, a la conversación, a la gozosa pérdida del tiempo en compañía.

Unos años después, supe que aquellos versos eran algo más que unos versos, pues en el piso de soltero de Alberti no hacía falta un pretexto demasiado solemne para que se desplegara un mantel, se pusieran en una bandeja unas chacinas y un poco de queso y se sirviese no tanto agua como vino, porque no todo el mundo sirve para ser un estilista o un carujo. Y ya era cuestión de ponerse a hablar, preferiblemente en el registro de la broma, pues tenía Alberti la virtud de ser por aquel entonces una especie de patriarca vivaz y pícaro al que le divertían las ocurrencias, los retruécanos y las chufillitas rimadas de manera extravagante.

Cuando estaba entre poetas jóvenes, Alberti seguía siendo un poeta joven, y tenía la impresión de que en cualquier momento podía proponer que nos fuésemos todos a la Residencia de Estudiantes a saludar a Lorca o a mearnos en la fachada de la Real Academia.

En el piso de soltero de Alberti, en el Paseo de la Castellana, había una aguada de Picasso en el suelo, bocabajo, detrás de una maceta. Era de motivo taurino; un paseillo, creo recordar. El sol le daba de lleno. «El sol va a comerse la tinta, Rafael», pero él se encogía de hombros.

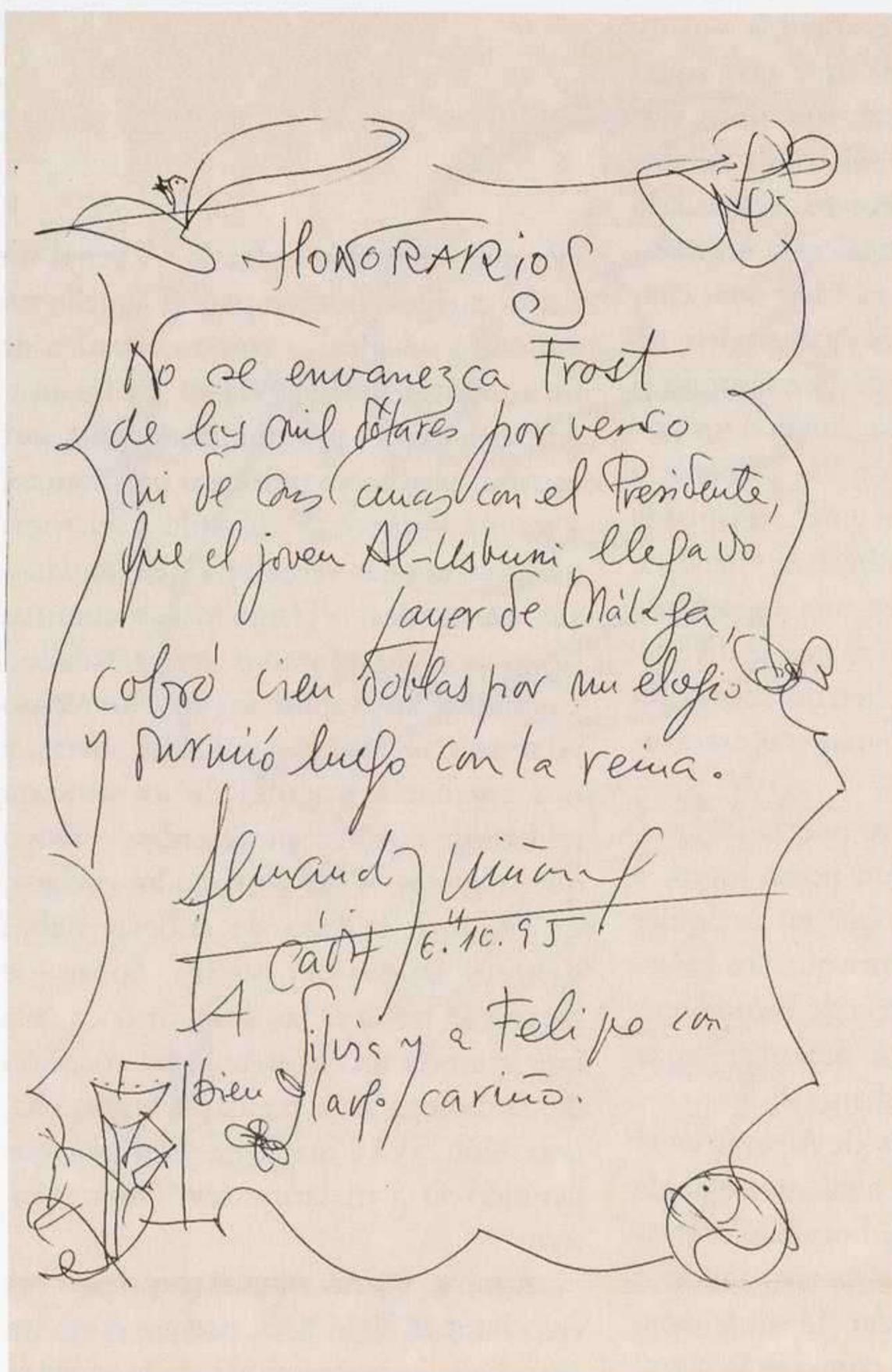
«Es que tengo que colgarlo. A ver si un día lo cuelgo», porque para él aquello no era tanto un picasso como el cuadro de un amigo apellidado Picasso, y a los amigos suele darles por eso: por pintar, por escribir, por hacer música o por meterse a torero, y uno está obligado a ser comprensivo con las ventoleras que les dan a sus amistades. «Tengo otros cuantos suyos por ahí pintados con rotulador. Cuando se les evapora la tinta, los repaso yo mismo con mucho cuidado», decía, y nos enseñaba el altillo de un armario repleto de cuadros en desorden. «Tengo que colgarlos. A ver si un día los cuelgo».

En aquella casa de Alberti había siempre un mantel puesto. Sobre ese mantel se bebía él las dosis de coca-cola que le servía una asistente con vocación de cardióloga para regularle, según ella, la tensión. «Va a matarme. El día menos pensado va a matarme con tanta coca-cola».

Anoche murió Alberti. Su deseo era vivir hasta el siglo XXI, porque él era un partidario inquebrantable de la vida; ni siquiera el agitado y terrible siglo que ahora también se nos muere consiguió matarle de pesimismo: «Tú no estás muerto, oigo, oigo siempre tu risa», frente a un mantel muy blanco, avanzada la noche, haciendo bromas sobre la rara esencia de la vida.

Felipe Benítez Reyes (1999)

FERNANDO QUIÑONES



DE MARES Y DE MUERTOS

Quando llegó a España, procedente de San Juan de Puerto Rico, el cadáver de Juan Ramón Jiménez, un grupo de escritores improvisó una comitiva fúnebre, un tanto etílica y carnavalesca, para acompañar al muerto magistral hasta Moguer. En ese grupo se hallaba un joven chiclanero y chuflista llamado Fernando Quiñones, que siempre tuvo la percha de un lírico arabigoandaluz aficionado

a las metáforas vinateras y carnales o quizá la de un bailarín retirado de la compañía de Diaghiliev metido a vendedor de camarones, con guayabera blanca y replanchada, en la playa gaditana de la Caleta.

El martes pasado, estaba yo en San Juan de Puerto Rico y recibí una llamada telefónica: «Buenos días. Somos de Canal Sur Radio... ¿Qué hora es ahí?... ¿Las siete de la mañana? Perdona por haberte despertado, pero es que ha muerto Quiñones. Háblanos un poco de él y de su obra». Dios mío. Uno sabe que va a enterarse de la muerte de algunos amigos de ese modo, a micrófono abierto, y que tendrá que decir cuatro vaguedades a tumba igualmente abierta, titubeante, tembloroso y aterrado, mientras la voz se le quiebra y una lágrima resbala hacia el auricular como si quisiera desembocar en las ondas.

El día antes, visité el cementerio marino de San Juan y me paré ante la sepultura de Pedro Salinas: una losa de mármol a ras de suelo, entre panteones delirantes erguidos ante el azul festivo del Caribe, y, por uno de esos movimientos de caballo de ajedrez propios de la memoria, me acordé de Juan Ramón Jiménez, que también murió allí, y del relato de comicidad inocente y solanesca que Quiñones hizo en su libro *Retratos de carne* del traslado por España de los restos del cantor principal de los crepúsculos simbolistas. A esa misma hora, poco más o menos, por una de esas bufonadas características del azar, Quiñones ingresaba en un hospital situado frente a un mar hermano del caribeño y, como el caribeño, resonante de espuma y de leyendas.

Un día, Quiñones me regaló una botella de un brandy que, según él, tenía más de cuarenta años y un sobre de sopa en polvo que llevaba cuatro años caducado: «Es una sopa riquísima que ya no se encuentra en ninguna parte». Porque él era así: alguien que vivía en una intemporalidad mítica y dichosa, ajeno por completo a la fecha de caducidad de los sobres de sopa y de la vida, contemporáneo insobornable de los crepusculares piratas dieciochescos, de los procónsules de Agadir y de aquellos califas de chila-bas doradas que oían los cuentos enduendados de las sherezades de piel de aceituna o de canela. Tan ajeno al tiempo vivía Quiñones que, aun sabiendo ya contados sus minutos, se comportaba como si aún fuese aquel muchacho que, de amanecida, descargaba cajas de pescado en el mercado medio musulmán de Cádiz y que por las noches escribía sobre los misterios del mundo.

«¿Cómo sigues, Fernando?», le preguntábamos, y él siempre contestaba que mejor. Que un poco mejor. Que todo parecía ir mejor. Que se encontraba mejor. Mucho mejor. Que mejoraba. Mientras el cáncer iba corroyéndolo con sus uñas de Fu Manchú y dejándolo con un aspecto triste de bardo de algún emperador medio pirado y medio pirómano, aunque con la lira siempre afinada, escribiendo sin parar, con la urgencia de quien ve caer la arena en un reloj pequeñito y sabe que no podrá darle la vuelta.

Pobre Fernando, con su gorrilla de marinero...

Felipe Benítez Reyes (1996)

JAIME GIL DE BIEDMA

Querido Felipe,
entre ausencia y ausencia de
Barcelona — mi otoño no es caliente pero sí,
ay, en exceso movido — me llegan tus cariñosas
líneas y tu artículo para el n.º que
Litoral me dedicará en homenaje cuando cum-
pla setenta años.

Muchísimas gracias. Es divertido
y es inteligente, virtudes ambas tan perentoria-
mente necesarias. Por cierto, que yo también me
fijo mucho en las lecturas en voz alta y siempre
que viene a verme con sus poemas algún poeta
joven, le pido que empiece por leerme él.

Un abrazo muy cariñoso

Jaime

Barcelona, 25 de setiembre, 1984

Querido Felipe,

entre ausencia y ausencia de Barcelona — mi otoño no es caliente, pero sí,
ay, en exceso movido — me llegan tus cariñosas líneas y tu artículo para el n.º que Litoral
me dedicará en homenaje cuando cumpla sesenta años.

Muchísimas gracias. Es divertido y es inteligente, virtudes ambas tan perentoriamente
necesarias. Por cierto, que yo también me fijo mucho en las lecturas en voz alta y siempre
que viene a verme con sus poemas algún poeta joven, le pido que empiece por leerme él.

Un abrazo muy cariñoso

Jaime

GIL DE BIEDMA: LA MUERTE
COMO ARGUMENTO
FRACASADO

La muerte de un poeta suele llevar consigo el cierre definitivo de su pequeño kiosco de tinieblas. Y digo *suele* no porque pueda existir algún poeta un tanto nigromante que logre dictar versos desde el trasmundo, sino porque a las vocaciones literarias es erróneo suponerles en todos los casos una vigencia vitalicia.

Aunque pudiera, Jaime Gil de Biedma posiblemente no dictaría ni un solo verso desde su tumba, ya que optó casi por no escribir siquiera en vida.

La figura del escritor que abandona la práctica de la literatura tras haber realizado una obra memorable resulta inusual y, desde luego, desconcertante, especialmente si se tiene en cuenta que ni siquiera el más desconsolador de los fracasos es motivo suficiente para desalentar a la mayoría de los aficionados a la escritura.

A propósito de las jubilaciones literarias anticipadas, W. H. Auden habló del «mito Rimbaud», mito en el que decía no creer, aunque le reconocía el hecho de continuar obsesionando, como tal mito, la conciencia artística de este siglo.

Con alguna edad en desventaja —bueno, según se mire— con respecto al autor de *Una temporada en el Infierno*, Gil de Biedma, a partir de la publicación en 1968 de *Poemas póstumos*, dio por concluida —no radicalmente, aunque sí de manera bastante radical— su obra poética. Luego, algunos poemas más —rescatados o circunstanciales en su mayoría— que confirmaban precisamente su condición de poeta póstumo en vida: restos y coletazos de una antigua labor literaria.

Barcelona, 5 de junio, 1986

Querido Felipe,
Llegó por fin el n.º de *Litoral*. Ha quedado muy bien en todo: formato, diseño y colaboraciones.

He vuelto a leer tu texto. Ya te dije cuando me lo enviaste tú que me parecía muy ameno e inteligente, además de muy halagador para mí; esta segunda lectura me ha confirmado en lo mismo. Muchísimas gracias por haberte tomado el trabajo.

Un abrazo muy cariñoso

Jaime Biedma

Barcelona, 5 de Junio, 1986

Querido Felipe,

Llegó por fin el n.º de *Litoral*. Ha quedado muy bien en todo: formato, diseño y colaboraciones.

He vuelto a leer tu texto. Ya te dije cuando me lo enviaste tú que me parecía muy ameno e inteligente, además de muy halagador para mí; esta segunda lectura me ha confirmado en lo mismo. Muchísimas gracias por haberte tomado el trabajo.

Un abrazo muy cariñoso

Jaime Gil de Biedma

Decía Gil de Biedma que, cuando se preguntaba a sí mismo por qué no escribía, se contestaba con otra pregunta: por qué escribió. Verdaderamente, un poeta cuenta con tantos motivos para escribir como para no escribir, pero el hecho —artificial y extravagante— de redactar unos poemas resulta al parecer más comprensible que el hecho —tan *natural*— de no escribir un solo verso cuando ya uno ha escrito algunos versos.

Sea como sea, la obra de Jaime Gil de Biedma, en su brevedad de razón enigmática, resulta no sólo excepcional en cuanto a calidades y hallazgos, sino también en cuanto a naturaleza.

Dentro de la tradición hispánica contemporánea, la obra de Gil de Biedma no sólo vale por cuanto vale, sino también por lo que supone de ejemplo revelado de la posibilidad de una *voz poética* que acabe siendo esencia y sustancia misma del poema. Al margen de todo artificio retórico, de toda imaginería verbal y, en fin, de toda esa maravillosa truculencia en que suele apoyarse un buen poema, parece claro que se impone ese otro artificio, ese último truco magistral: la evidencia de una voz que sea el soporte mismo del poema. Porque un buen poema moderno no suele tener como resultado un *lenguaje artístico*, sino precisamente ese otro algo —tan difuso conceptualmente y en su evidencia tan nítido— que es la creación de una voz. Una voz modulada en verso, no un lenguaje versificado.

Lo curioso es que, a través de unos poemas endiablidamente complejos en cuanto a estructura, Gil de Biedma hiciera prevalecer precisamente esa voz, no una suma de brillantísimos recursos verbales. Sirva como ejemplo de la habilidad de Gil de Biedma para hacer *transparentes* los rudimentos retóricos

el poema titulado «Apología y petición», acogido al molde de la sextina, sin duda la combinación estrófica más extremadamente artificiosa de cuantas configuran el catálogo de pasatiempos poéticos. Pero lo que constituye una sorpresa no es sólo la elección de tal tipo de composición para un poema de tema —además— político, sino el que esa composición tan rígidamente enrevesada, y tan esclava de sí misma, acabe *sonando* en manos de Gil de Biedma con el más preciso y relajado de los tonos coloquiales. Prueba aislada este poema, en fin, de la evidencia de esa voz que se impone a su propio soporte expresivo. (Prueba también —una vez más— de que al buen retórico le sienta bien el conducirse como un buen actor: sin alardes ni énfasis. Sin sobre-actuar).

A propósito de Cernuda, dijo Gil de Biedma que la muerte está a favor del gran poeta. Muerto desde hace años —y por propia mano— el poeta Jaime Gil de Biedma, la muerte del hijo de vecino llamado Jaime Gil de Biedma y Alba no supone más que una fecha que añadir a la nota biográfica de las nuevas ediciones de *Las personas del verbo*. Eso y un sentimiento de desgarrada melancolía. Pero la muerte, que —según el propio Jaime Gil— tanto trabajo se toma en favorecer al gran poeta, se ha encontrado en este caso con casi todo hecho, pues los poemas de Gil de Biedma no sólo han formado ya parte de las mejores enseñanzas de varias generaciones, sino que están asimismo en nuestro corazón y en nuestra memoria con el irrenunciable derecho de cuanto es ya patrimonio de lo más hondo y verdadero de nuestras vidas.

Felipe Benítez Reyes (1990)